

—¿Qué disculpa da?—preguntó la directora después de haber reflexionado un momento.

—Dice que no es culpa suya, que es una impulsión irresistible la que la obliga á cantar... es una alumna muy mala, excelencia.

—Sí, ya lo sé—dijo la excelencia con lentitud, reflexionando;—una joven huérfana, sin familia, sin aptitudes... ¿Es hermosa, rubia?

—Sí, excelencia, rubia; pero hermosa... no lo sé, yo no la hallo hermosa; en la primera clase tenemos señoritas que verdaderamente son bellezas de primer orden: Rozof, Naoumof, Orlina...

—Sí, ya lo sé—interrumpió la directora con cáustica sonrisa,—las representantes de nuestras más encumbradas familias, son perfectas bellezas; pero entre las señoritas pobres, también las hay muy hermosas. Hasta también es bueno que las haya. Ranine es linda. ¿Tiene una soberbia voz?

—Sí, excelencia—dijo con adulación la Grabinof, no atreviéndose á contradecir.

—¿Canta en la capilla y toma parte en lecciones de canto?

—Sí, excelencia.

La señora Batourof reflexionó un instante, luego despidiendo con un gesto á la señora encargada de clase, balbució:

—Enviémela usted después del te; quiero hablarle.

La Grabinof salió; si una expresión semejante no está en absoluto borrada del lenguaje comedido, diremos que estaba completamente embarazada.

III

Ariadna hallábase sumida en meditaciones, ó por mejor decir no pensaba en nada, esperando un arresto que no podía faltar: los castigos no la daban miedo; los había probado todos y no los halló del todo malos. Algunos trabajos más, reprimendas, algunos recreos menos, todo eso importaba muy poco á su carácter perezoso. Ariadna era lo que se llama una mala discípula; no la gustaba la ciencia ni por sí misma ni por las ventajas que pudiese reportarla. Al ver que las recompensas iban á parar siempre sobre las cabezas privilegiadas de las elegidas de la fortuna y el nacimiento, miró con desdén la labor de sus compañeras de rango más humilde que trabajaban para aprender. En todo el instituto, Ariadna era la más pobre y la más obscura; no es, pues, asombroso que no hiciese aprecio de las ventajas que proporciona la instrucción. Para ella, la instrucción no podía, no debía tener más que espinas.

En el mundo no la gustaban más que dos cosas: la lección de canto y la permanencia en la capilla del instituto. La lección también tenía sus contrariedades, pero por parcial que fuese la maestra, no podía evitar hacer justicia á su magnífica voz, al

gusto innato de la señorita Ranine. Sin embargo, elogiar siempre á esta discípula, hubiera sido causar perjuicio á las demás, menos favorecidas por la naturaleza; era preciso encontrarla algo censurable.

—Está usted ridícula, Ranine; canta eso como si estuviese representando ópera — dijo un día á Ariadna.

Las jóvenes estudiaban para cierta solemnidad doméstica, un canto á cuatro voces, cuya letra, en verdad, no justificaba el profundo sentimiento que ponía Ariadna en la ejecución de su solo.

—No es que aspire á la Opera, señora—repuso una joven hermosa que cantaba con irreprochable falsete.—Ranine quiere ser cantante.

—En ese caso, hará bien en aprender á escribir con más corrección el francés—replicó la profesora de canto con sequedad.—Vamos, señoritas, volvamos á empezar, y un poco menos de expresión, Ranine, si usted lo tiene á bien.

Desde aquel día, Ariadna hizo por cantar, del modo más sencillo y frío posible, los ejercicios de solfeo en los cuales ponía antes tanto calor y pasión. Amortiguó la vocalización, disminuyó la amplitud de los sostenidos, moderó la expresión de las nimias é insignificantes letras que la permitían cantar, en una palabra: se tomó todo el trabajo imaginable por cantar mal. No pudo hacerlo por completo; pero al menos logró oír menos equívocos sobre su vocación dramática.

En la capilla, era otra cosa. La gustaba con pasión. Aquella iglesia pequeña de instituto, con las paredes pintadas de un rosa pálido en extremo fal-

so, con las imágenes de los santos muy bien puestas en los altares de madera dorada con esmero, llenos de trabajos de tapicería, bordados en seda, con perlas de cristal, y todas las fruslerías que puede inventar la devoción de cuatrocientas jóvenes reclusas; aquella iglesia abría á Ariadna la puerta de un mundo nuevo.

El coro litúrgico de aquella capilla estaba formado por hermosas voces del instituto; el diácono y dos chantres velaban por el perfeccionamiento en la ejecución de los versículos y responsos; pero su misión era fácil: la admisión al coro era un favor concedido solamente por expresa petición; se estaba muy seguro de no tener más que discípulas de buena voluntad. Unicamente Ariadna había sido designada de oficio desde hacía tres años. La potencia y sonoridad de su voz de contralto la hacía indispensable; era, por decirlo así, la base fundamental del coro.

Tan pronto como el diácono se hallaba de pie ante la cerrada puerta del Sagrario y con su voz profunda entonaba el primer versículo de la *Ecténia* (plegaria antes del ofertorio), Ariadna cerraba los ojos, lanzándose hacia un mundo mejor. Las cuerdas más graves de su voz velada sostenían el cuarteto harmónico que repetían á cada versículo. «¡Señor, tened piedad de nosotros!» En esas modulaciones extrañamente dulces que hacen levantar la cabeza á los profanos, alargando el responso para dejarlo extinguir con suavidad, en una disminución triste y vaga como sonido de arpa éolica, la rica voz de Ariadna tomaba un acento de súplica y plegaria que conmovía.

Para ella, la liturgia no era un conjunto de palabras canónicas, repetidas cada domingo, cada fiesta —¡y sabe Dios si son numerosas las fiestas en el rito greco-ruso! Ponía en sus acentos de plegaria todas las aspiraciones ahogadas durante la larga semana. En los himnos que forman parte de los oficios, cantaba con el alma las letras esclavas casi desprovistas de sentido, poniendo la expresión profunda de una mártir que confiesa su fe; toda la pasión contenida en su ser, aun imperfectamente desarrollado; dejándose llevar por su ideal, remontándose en unión del incienso.

Hasta la primavera de aquel año, no había sufrido demasiado. Siempre la última en sus estudios, sin embargo, concluyó por llegar á la primera clase, la que precede á la salida. Aun faltaba un año, tendrían diez y siete cuando sería devuelta á su familia.

La palabra *familia* era una cruel irrisión para la señorita Ranine. Su padre y su madre la dejaron huérfana antes de que pudiese sostenerse sobre sus pequeños é inciertos pies. Una tía cargada de hijos la recogió por caridad; luego el instituto la abrió sus puertas, á regañadientes, á juzgar por los diversos semblantes, pero todos parecidos, que acogieron la entrada de Ariadna. La tía había muerto, los primos se dispersaron; siete años de instituto separan del mundo de los vivos á las jóvenes sin familia y sin fortuna, por consecuencia sin amigos... Ariadna saldría dentro de un año, ¿pero á dónde iría?

Jamás se lo había preguntado á nadie. Su alma orgullosa y salvaje, nunca conoció la dulzura de las confidencias. Había llorado por su aislamiento; la

almohada que puso en la boca para ahogar sus sollozos era quien únicamente lo sabía. Saldría del instituto, la dirigirían sin duda á alguna dama caritativa, con un poco de dinero dado por la caridad oficial á una alumna sin recursos, y así, ella vería lo que es el mundo y lo que podría esperar de él.

Pero de repente nació en ella una sed irresistible, y la creó una nueva necesidad. Quería cantar; tenía necesidad de cantar. De pronto, durante las clases, durante el estudio, en el recreo, en el comedor, por la noche en el silencio del dormitorio, sentía canturrearle la garganta, y las notas prisioneras pedían que se las abriese la puerta de su cárcel para escaparse á borbotones. La horrible contrariedad que se imponía Ariadna para contener las vocalizaciones, el esfuerzo sobrehumano que debía hacer para cerrar sus labios entreabiertos á pesar suyo, eran un suplicio desconocido probablemente hasta entonces por todo el mundo. Enflaqueció, palideció bajo su esfuerzo; cambió su carácter, se volvió morosa. El temor de producir escándalo un día ú otro, de atraer sobre ella los rayos del gabinete directorial, se convirtieron en verdadera obsesión.

Felizmente, llegó el verano; el recreo en el vasto jardín sombreado por tilos seculares, dió á Ariadna un poco de libertad sin la cual hubiese caído enferma. Casi siempre sola, iba y venía á paso lento por la alameda más desierta, y cantaba á media voz todo lo que le dictaba su fantasía.

Eran aires sin palabras, sin ritmo, sin medida. Dejaba que su alma se expansionase con timidez, con mucha dulzura, como una paloma cautiva que

apenas se atreve á arrullar; murmuraba melodías que la inspiraba su imaginación de colegiala ignorante y reclusa. Filaba las más sostenidas notas, trabajando su aliento y su voz para llegar hasta el límite mayor de las escalas vocales sin ser oída. Así pasó tres meses deliciosos, durante los cuales se expansionó su belleza, y su alma oprimida pareció renacer.

Pero el otoño vino con antelación, como siempre sucede en Rusia: al llegar el mes de Agosto se prohibieron los paseos por la tarde; cuando el día era lluvioso se suprimían los de la mañana. Las opresiones y las angustias volvieron á empezar para Ariadna y fueron tan lejos, que un día, después de algunas noches tempestuosas y de varios días de sufrimiento, la joven no se pudo contener y produjo el escándalo que hemos referido.

La Grabinof encontró, pues, á su alumna en un estado de indiferencia que repentinamente le inspiró una cólera desmesurada.

—¿Qué es lo que hace usted aquí?—dijo repentinamente con su voz retumbante, pegando los labios al oído de Ariadna, de manera que hiriese su delicado tímpano.

La joven se estremeció, miró á su persecutora con desdén y repuso:

—No hago nada.

—¡Precisamente! ¿No le da á usted vergüenza estar siempre sin hacer nada? Si tuviese usted un poco de sentimiento se ocuparía en algo...

—En bordarla zapatillas, como por ejemplo la señorita Samarine, ó en hacer tiras á su cubre-pies

como la señorita Serof. Querría hacerlo, señorita, pero no tengo dinero para comprar las zapatillas, y usted no me quiere lo bastante para permitirme trabajar á su lado en ese querido cubre-pies. No es culpa mía el que usted no me quiera, ni el que yo no tenga dinero en el bolsillo.

La Grabinof palideció de rabia, buscó una contestación acerada, y no encontrándola, se fué rebotante de hiel.

Después del te de la tarde, flaco regalo, en el momento en que las jóvenes aprovechaban el último recreo, la señora encargada de la clase salió de su habitación que daba sobre el corredor.

—¡Ranine!—gritó con su voz más fuerte,—la señora directora ha mandado llamar á usted.

Todas las miradas maldiciosas y perversas se volvieron hacia Ariadna, que se levantó con tranquilidad, dejó el libro de estudio que estaba leyendo, y tomó con lentitud el camino de la amplia escalera. Las miradas la siguieron.

—La van á despedir—murmuró una voz adulatora.

—Tendrá lo que merece—repuso la Grabinof con sequedad.

—Maldita bestia es esa Grabinof—cuchicheó una independiente al oído de otra.—¡Hoy ha sido bastante perversa! ¡Quisiera que la diesen en las narices!

—Tal vez le ocurra—repuso la otra.—¿Vendrás esta noche al refectorio?

—¡Silencio!—dijo la independiente mirando á su alrededor y murmurando muy bajito:

—Esta noche no, mañana por la tarde.

Las dos amigas se volvieron hacia la encargada de clase.

—Y bien, querida señorita Grabinof—dijo Olga, —¡en ese cubre-pies hace mucho tiempo que no he hecho una tira! Me hace usted el favor de su *crochet*, vamos, démelo pronto.

—Esta noche no, amiga mía, es demasiado tarde; pero mañana si usted quiere, sí—repuso la Grabinof, arrollando la preciosa obra.

—¡Vieja momia, toma eso por dinero sonante! Ya lo sabes—dijo Olga al oído de su compañera,—ese cubre-pies lo empezó para su boda con el príncipe Maravanti-Fioravanti, ese embajador italiano de la época de Pedro el Grande, con quien debía casarse; y que ya tenía tres mujeres en territorio extranjero.

Las dos buenas amigas, riendo, empujándose, cuchicheando, fueron á reunirse á las demás á la puerta del dormitorio, donde, por una malicia ordinaria y cotidiana, hacían grandes reverencias y se inclinaban mutuamente al entrar.

Cruzando grandes escaleras, grandes corredores, vastas salas, Ariadna, que no iba de prisa, concluyó por llegar á la antecámara de la habitación de la directora. Un soldado de servicio vestido con la pseudo-librea del uniforme de diario, se puso en pie á su llegada y abrió la puerta de un salón de espera. Allí una sirvienta confidenta de su ama permanecía de continuo negando ó permitiendo el paso. Hizo á Ariadna una seña para que entrase y se quedó muda en su puesto. La joven dió algunos pasos, abrió una de las mamparas de una puerta á

medio cubrir con grandes cortinas de lana, entró, hizo una reverencia, cerró la puerta tras sí, y esperó con la cabeza baja y los brazos cruzados sobre el esbelto busto.

—¿Quién está ahí?—preguntó la directora.

—¡Ranine!—repuso la culpable.

—Acérquese usted—dijo la directora con voz menos severa de lo que esperaba Ariadna.

La joven obedeció, acercándose hasta llegar bajo la luz de una lámpara grande cubierta por una pantalla, que alumbraba de un modo incompleto la vasta estancia de colores pesados y macizos.

El fondo del gabinete estaba ocupado por un canapé grande, recubierto como todos los muebles por una tela de damasco azulado. El azul era el color reglamentario de los institutos: ese color se encontraba por todas partes; allí donde estaba ordenado era el color del uniforme: en donde no lo estaba, una galantería, un recuerdo agradable ofrecido ¿á quién? al reglamento, según todas las probabilidades, pues nadie sabe á quién podría serle agradable. Pues, las enormes cortinas que ocultaban los marcos de las ventanas, los *portiers* que cubrían las puertas, todo era azul, de un azul tolerable durante el día, pero que por la noche se transformaba en negro fúnebre.

Otra lámpara, ó por mejor decir un quinqué de forma más elegante, revestido de un reflector—pues los reflectores vistos de espaldas nada tienen de graciosos—alumbraba maravillosamente un retrato de cuerpo entero de la gran duquesa protectora del establecimiento, colocado encima del canapé, siempre ocupado por la señora Batourof. Las malas len-

guas se preguntaban siempre en secreto si las flores colocadas sobre el retrato y continuamente renovadas se dedicaban á la directora ficticia ó á la real. Otros dos retratos, los del emperador y la emperatriz, colocados frente á frente hacían juego en las paredes vecinas. Estos no tenían luz.

Al llegar cerca de la lámpara, Ariadna notó que la señora Batourof no estaba sola. Huída en un sillón grande, con las manos plácidamente puestas sobre las rodillas, una señora de cerca de cincuenta años fijaba sobre la joven una mirada escrutadora, pero desprovista de malevolencia. Cuando vió que sobre ella se fijaban los ojos negros y sospechosos de la señora Batourof, con más curiosidad que censura, Ariadna recobró interiormente el dominio de su impasibilidad.

—¿Es usted quien ha cantado durante la clase?—preguntó la directora.

—Sí, señora superiora—repuso Ariadna.

El título de superiora lo han adquirido de derecho las directoras de esos establecimientos, por más que sus funciones sean absolutamente laicas.

—¿Qué motivo la ha impulsado á usted á producir ese escándalo?—preguntó la señora Batourof con su voz tranquila y un poco ronca.

La señorita Ranine bajó la cabeza, no podía responder. La hubiera sido preciso referir sus angustias, la necesidad irresistible que la impulsaba á cantar... esto era demasiado largo. Y además, ¿para qué? ¿No valía más dejarse castigar?

—¡Responda!—dijo la superiora sin enojo.

—Tengo necesidad de cantar, sufro cuando he de

callarme—repuso muy á su pesar la delincuente sin atreverse á levantar la cabeza.

—¿Dónde sufre usted?

Ariadna indicó la garganta.

—¿Y ahora sufre usted?

La joven inclinó afirmativamente la cabeza.

—¡Cante!

Esta palabra fué dicha con tranquilidad, como si hubiese sido la cosa más sencilla ponerse á cantar así, en medio de una reprimenda oficial. Ariadna miró el impasible semblante de la directora. No se burlaba, la joven quiso hacerla una pregunta, pero no encontró palabra y se quedó muda, con los ojos muy abiertos, con todo su hermoso semblante vuelto hacia la luz, recibiendo de lleno la claridad casi cegadora del quinqué.

—¿Usted canta en la capilla?—preguntó la señora que hasta entonces no había dado señal de vida.

—Sí, señora—repuso Ariadna, tranquilizada en el acto por la voz dulce y cariñosa de la nueva interlocutora.

—Cante el himno á la Virgen.

—No sé más que mi parte—respondió con dulzura la señorita Ranine.

—Cántela—dijo la directora.

Ariadna abrió la boca y en seguida la estancia se llenó con una vibración cálida y sonora. Un estremecimiento sacudió hasta las diversas chucherías de cristal colocadas en los *étagères*, *bibelots*; candelabros y arañas vibraron con armoniosa trepidación á los sonos de aquella voz tan natural, tan rica y tan dulce que se apoderaba del corazón como si fuese

una ligadura de carne viva.

Ariadna cantó con lentitud su parte de contralto, sus ojos perdidos en la vaguedad habían tomado una expresión de extraña fijeza, se hubiera dicho que dentro de sí miraba algún objeto misterioso, alguna aparición solemne, pero no mística. Lo que veía no era cosa del cielo.

Cantaba casi sin mover los labios, con la boca muy abierta para dejar salir los sonidos, la cabeza un poco echada á atrás, los brazos caídos, tranquila, inmóvil, como en éxtasis.

Cuando hubo concluído se calló, bajó la cabeza y esperó.

El encanto de aquella voz era tan poderoso que había vencido la cólera ó la burla; la superiora cambió una mirada con la visitante, y en aquella mirada había algo más que sorpresa: la admiración tenía mucha parte en ella.

—¿Sabe usted algo que no sea la liturgia?—preguntó la superiora.

—Sé las vocalizaciones de la escuela de canto.

—Cante muy despacio una escala menor—dijo la señora de los cabellos grises.—Con mucha lentitud, comience en el *la* del diapasón.

Ariadna abrió de nuevo la boca. Era la bondad la que brillaba inconscientemente en la voz de la vieja señora, que había despertado en ella un manantial de ocultas emociones. Vocalizó la escala pedida con un acento tal de plegaria, de invocación apasionada que, cuando su voz se extinguió sobre el *la* agudo de la octava, un estremecimiento agitó el cuerpo de las dos mujeres, como si hubiese sido la queja de

un ángel.

—Ahora baje usted—dijo la superiora.

La voz de Ariadna, con el acento de la cólera y la desesperación, descendió y se detuvo con vibración lenta y prolongada sobre el *mi* grave.

—¡Es prodigioso!—murmuró la visitante dejándose caer sobre el sillón, de donde la atención la había levantado un instante.

—En efecto, tiene una voz muy notable—añadió la directora;—pero esto no es una razón para perturbar las clases. Usted ha producido un gran escándalo.

—He dado mis excusas á la señora encargada de nuestra clase y á nuestro profesor—repuso la señorita Ranine.—Humildemente se las doy á usted también, señora superiora.

Inclinó la cabeza, pero con tanta dignidad, que la visitante se emocionó.

—Hágalo por mí—dijo en italiano á la directora,—perdónela; esa niña será una gran artista.

—¡Por usted sea!—respondió la señora Batourof, sonriéndose, muy contenta de tener este pretexto para una clemencia á la que de antemano estaba resuelta.

—Irá usted todos los días, durante el recreo de mediodía, á la sala de música y cantará sola—dijo la superiora con la misma entonación que si la impusiese el más grave castigo.—¡Váyase!

Ariadna, asombrada, miró á las dos mujeres: el semblante de la directora indicaba severidad. La visitante había sonreído y parecía feliz por aquel desenlace imprevisto.

Siguiendo la costumbre, Ariadna se inclinó besan-

do la mano de la superiora, que dejaba hacer; después, movida por apasionado impulso, cogió la mano de la otra señora y la llevó á sus labios. Luego, volviendo al terreno de las conveniencias, hizo una reverencia y se dirigió hacia la puerta. En el instante en que iba á salir, la visitante, que probablemente leía en su pensamiento, la dijo:

—¡Cante una vocalización!

Ariadna se detuvo en el acto y entonó en seguida la más brillante, la más aérea de sus vocalizaciones de solfeo. Recobró toda su alegría; los trinos y los arpegios se sucedieron, joviales y gozosos, como pájaros que toman el vuelo. Cuando hubo concluído, sin tomar aliento dijo:

—Le doy las gracias, señora.

En seguida se cerró la puerta tras ella, y ligera y rápida se deslizó hasta el dormitorio, en donde se apresuró á ocultar sus risas y lágrimas en la almohada, su confidenta habitual.

—No me incomoda—decía en el mismo instante la directora á su amiga—de vejar un poco á la Grabinof. Desde hace algún tiempo se queja de todo el mundo. ¡Esto se le va á montar en la nariz!

De este modo se realizó el deseo de la hermosa y riente morena.

IV

Grande fué el asombro cuando al siguiente día se vió á la señorita Ranine dirigirse hacia el salón de música, y mayor lo fué aún cuando la Grabinof, que quería detenerla, recibió en pleno rostro esta contestación dada con voz fuerte y clara:

—Es por orden de la señora superiora, y, además, usted no está hoy de servicio, señorita.

La Grabinof estuvo á punto de caerse de espaldas, pero se rehizo para correr á tomar informes. En efecto, no estaba de servicio, puesto que en los institutos, las señoras encargadas de clase alternan un día de servicio por cada dos de descanso, así es que tuvo sobrado tiempo para adquirir las noticias que deseaba. Ariadna no había sido castigada, pues era imposible considerar como castigo aquella hora de canto tan deseada por ella; mejor podía tomarse por una recompensa. ¡Preciso era que en esto se ocultase algo! Así es que la señorita Grabinof se permitió poner en juego toda su actividad para llegar á descubrir lo que hubiese podido haber.

En el momento en que las jóvenes iban á volver á clase, en el tumulto de los últimos cinco minutos, un ruido indefinible circuló por el corredor de la

primera clase; cuatro ó cinco señoritas entre las de más edad y más hermosas, corrieron á la meseta de la escalera principal, que permitía ver hasta el vestíbulo, y se inclinaron sobre la barandilla.

En aquel momento, dos oficiales jóvenes, amigos de uno de los hijos de la directora, se quitaron en la portería sus gabanes, antes de entrar á ofrecer sus respetos á la venerable señora.

Se cruzaron miradas, un vago sonreír, algunos movimientos de labios se cambiaron entre los visitantes y las lindas curiosas.

—Buenos días, señor Miguel—exclamó una voz infantil;—es usted adorable.

Un murmullo confuso de risas y reproches mezclados cubrió la voz de la atrevida. El joven así llamado miró hacia arriba, respondiendo con audacia:

—¡Al servicio de usted, señorita!

—¡Una señora de clase!—Esta frase circuló entre los grupos; las que se reían abandonaron la meseta; la señorita Grabinof, como autoridad en persona, apareció demasiado tarde, estirada, encorsetada, acicalada, con el cubre-pies debajo del brazo.

En el mismo instante, sobre los peldaños tapizados de rojo de la escalera, apareció Ariadna, con su cuaderno de música en la mano, pálida, fatigada por el inmoderado ejercicio vocal que acababa de hacer, pero con esa mirada feliz y como alumbrada por una llama interior que acompaña y sigue al éxtasis.

—¡La he cogido á usted dando un escándalo, hablando con los jóvenes que vienen á ver á la señora

superiora!—gritó la Grabinof, que había cogido una palabra dicha por una imprudente ó cuchicheada por una delatora.

Ariadna la miró con tanta estupefacción, que á la vez era tan desdeñosa, que la solterona tembló de rabia.

—Si nunca había podido cogerte—murmuró. Y fué á transportar su cubre-pies con sus rencores á la habitación de otra señora encargada de clase igualmente libre aquel día, que vivía en el tercer piso en unión de las pequeñas. Era esta su mejor amiga; en la habitación de la una ó la otra tomaban el café juntas los *días blancos*, es decir, los que no estaban de servicio.

El primer cuidado de la señorita Grabinof, fué contar á su querida Anita la injusticia de que había sido víctima.

—Figúrate, querida mía—pues ambas se tuteaban,—que la señora superiora, no solamente no ha castigado á Ranine, sino que aun le ha dado permiso para cantar durante una hora por las mañanas.

—¡Esto es espantoso!—exclamó la querida Anita, añadiendo un pedazo de azúcar á su café.—¿Y qué has dicho tú?

—¡Qué quieres que diga! No he dicho nada, máxime cuando nadie me lo ha hecho saber. Es por esa horrible joven, por ella misma, por quien he sabido las órdenes de la señora superiora.

—¿Nadie te ha dicho nada?—insistió la amiga con asombro.

La señorita Grabinof sintió necesidad de hacer una pequeña rectificación.

—La inspectora me comunicó la decisión de la señora superiora. Sin eso, ¿crees tú que hubiese dejado á esa maldita ir en el acto á la sala de música?

Anita sabía desde hacía mucho tiempo que no había que tomar en absoluto al pie de la letra las aserciones de su amiga; así es que no insistió sobre aquel ligero error.

—Y—continuó aquella buena alma—figúrate que al volver de la sala de música ha tenido tiempo de cambiar miradas y saludos con los dos Mirsky.

—¿Qué Mirsky?

—Los hermanos Mirsky; venían á hacer una visita á la señora superiora.

Anita la miró un instante en silencio, después dió fin á su taza de café, dejándola sobre el platillo. En el momento en que cogía el mango de la cafetera, para ofrecerse una segunda taza, fijó sobre su amiga sus ojos, inteligentes aunque propensos á irritaciones.

—Los Mirsky vienen todos los días durante el recreo. ¿No lo has notado?

La Grabinof tembló y miró á su amiga como si fuese una reproducción exacta de la cabeza de Medusa.

—No—repuso con lentitud,—no me había fijado; pero es verdad.

—¡Pues bien! querida mía, presta atención en esto y en otras muchas cosas más.

La señora de clase se sintió tan emocionada por el tono con que su amiga había pronunciado estas palabras enigmáticas, que olvidó azucarar su segunda taza de café y al probarlo hizo una mueca.

—Esto es muy serio—repuso Anita molestanda por aquella mueca;—en tu clase no tienes el ojo bastante abierto, y por lo tanto, no ves que sólo tienes un lote de jóvenes bonitas que no desean hacer más que tonterías.

—¿Ranine?—dijo la señorita Grabinof, dominada por su idea fija.

Anita movió los hombros.

—Ranine no tiene un céntimo y no conoce á nadie. No son las muchachas pobres las que hacen tonterías en el instituto. Yo también he sido encargada de la clase primera y he visto cosas de todos colores. Pero creo que tus señoritas están en camino para hacértelas ver á tí más hermosas que cuantas he visto yo.

—¡La señora Banz es una oca!—dijo la Grabinof definiendo así, con una frase, el carácter querellante y ruidoso, pero superficial, de la señora de servicio que compartía con ella el honor peligroso de guiar hacia el bien á la primera clase.

—Es que la culpa no es únicamente de la señora Banz. Tú también tienes tu parte de responsabilidad. ¡Cómo! gracias al excelente sistema de nuestros institutos, que hacen subir á las señoras de clase á la vez que á sus alumnas, tú has visto crecer á tu pollada, las conoces desde hace diez años, y ¿no sabes adivinar quiénes son capaces de jugarte una mala pasada?

—Pero—balbució la Grabinof soliviantada por tan directa acusación,—excepto Ranine que no vale absolutamente nada, todas son señoritas muy bien educadas, amables...

—¿Sabes tú lo que te va á suceder antes de cuatro días? — dijo Anita con impaciencia. — ¿No? ¡Pues bien! perderás tus veintidós años de servicio y te darán el retiro con mucha pensión.

—¿Por qué, Dios mío? — exclamó la desgraciada Grabinof que sentía sus cabellos enderezarse bajo su gorro.

—Porque no quieres ó no sabes ver nada...

—¿Pero qué pasa?—gritó la Grabinof loca de terror, agitando los brazos como un antiguo telégrafo de arpas.

Anita miró á su amiga y de una ojeada se convenció de la buena fe de aquella desgraciada. Entonces, acercándose á su oído, le cuchicheó una frase muy corta, cuyo efecto fué espantoso. La señorita Grabinof se dejó caer sobre su silla, tan verde como un pepino mal maduro.

—¿En mi clase, Dios mío!—dijo en voz baja.— ¿En mi clase? ¿Y sus nombres?

—¿Sus nombres! ¡Pero si eres tú quien debiera decírmelos!

La señorita Grabinof se retorció las manos con trágico ademán.

—¿Pero cómo lo has sabido?—dijo cuando recobró un poco, muy poco, de sangre fría.

—Por mi criada (cada señora de clase tiene su criada que elige y paga y una ya se puede imaginar la variedad de odiosos elementos que esta disposición introduce en los institutos). Fébronia está en muy íntimas relaciones con uno de los soldados encargados de vigilar la limpieza de los refectorios; pretende que hasta tiene intención de casarse con

ella. Entre tanto no hay secretos para ella, y los dos se lo cuentan todo. ¡Se puede decir que las señoritas están bien guardadas!

La señorita Grabinof lanzó un largo suspiro.

—¿Cómo saber sus nombres?

—¿Los de los jóvenes? Se sospecha que sean los dos hermanos Mirsky. Esto es muy posible.

¿No hay más que dos?

Anita se puso á reír.

—Permíteme que te haga observar una vez más que tú inviertes los papeles, y que eres tú quien debía darme noticias. Sin embargo, creo que son tres.

—¿Quién les deja entrar?

—Todo el mundo. ¡Con la llave de oro, ya sabes!...

Esta vez suspiraron juntas. Nunca ninguna llave de oro ni de plata había tratado de abrir las verjas que guardaban la virtud de aquellas pobres desheredadas, verdaderamente desheredadas, pues hasta faltaba el último encanto de la mujer: la bondad.

—¿Qué hacer?—gimió la Grabinof.—Yo voy á ir á contar todo esto á la señora superiora, pues semejante oprobio...

Anita levantó los hombros con conmiseración.

—Pobre amiga mía—le dijo con dulzura,—tu desgracia te hace perder la cabeza. ¡Ese sistema no te ha dado buen resultado con la señorita Ranine para que lo emplees por segunda vez! Supongo que no querrás que te suceda eso... ¿Qué harás?

La señorita Grabinof no trató de buscar lo que haría en semejantes circunstancias: juntando sus manos

huesosas y suplicantes, las extendió hasta cerca del pecho de su amiga.

—Aconséjame, querida Anita; me inclino ante tu sabiduría superior á la mía. Haré cuanto me digas.

La amiga triunfante, comenzó una serie de exhortaciones y de consejos que se prolongaron hasta el final de las clases.

—Entre tanto—concluyó Anita, en el instante que un rumor se elevaba por todas partes, anunciando la marcha de los profesores,—ve á combinar los planes de batalla.

Las dos buenas amigas se separaron con la confianza y la ternura de dos almas hermosas ligadas por una buena causa, y la señora Grabinof, semejante á una cierva espantada, se apresuró á bajar al piso inferior.

V

El dormitorio de la primera clase estaba sumido en la calma del primer sueño. Los blancos lechos sin cortinas, cubiertos con inmaculadas colchas, se alineaban en fila en el alto salón, alumbrado en los dos extremos por lámparas de escasa luz colgadas ante sagradas imágenes. Los cuerpos esbeltos y graciosos de las jóvenes, dibujándose apenas bajo los abrigos, y las cabezas morenas ó rubias recibían todas la misma claridad indecisa, perdiendo su personalidad en aquel vago crepúsculo.

La señora encargada dormía también detrás de una mampara, á la entrada del dormitorio, en una habitación pequeña, muy parecida al escondrijo de Cancerbero. Aquel medio de situarse, le debía permitir vigilar las entradas y las salidas; ¡pero veinticinco años de vigilancia atrofian mucho las facultades!

Acababan de dar las once en una campana grande colocada encima de la escalera y el son retumbante de su timbre se extendía aún bajo los arcos de los grandes corredores abovedados; una de las jóvenes acostadas se incorporó sobre el lecho, calzó las zapatillas, se puso un traje de casa, y sin preocuparse mucho del ruido que pudiese hacer, se dirigió resuel-